

Reseña de "Guerrero Bronco: Campesinos, ciudadanos, guerrilleros en la Costa Grande" de Armando Bartra.

Oikión Solano, Verónica.

Cita:

Oikión Solano, Verónica (2001). *Reseña de "Guerrero Bronco: Campesinos, ciudadanos, guerrilleros en la Costa Grande" de Armando Bartra. Relaciones. Estudios de historia y sociedad, XXII (87), 244-249.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/armando.bartra/39>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pCd2/BZR>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.



Relaciones. Estudios de historia y sociedad

ISSN: 0185-3929

relacion@colmich.edu.mx

El Colegio de Michoacán, A.C

México

Oikión Solano, Verónica

Reseña de "GUERRERO BRONCO. CAMPESINOS, CIUDADANOS Y GUERRILLEROS EN LA
COSTA GRANDE" de Armando Bartra

Relaciones. Estudios de historia y sociedad, vol. XXII, núm. 87, verano, 2001

El Colegio de Michoacán, A.C

Zamora, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=13708710>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

rían primero trabajar con pequeños grupos o algunos individuos, cuyo progreso sería observado por el resto de una comunidad equis, y poco a poco más personas se integrarían a los proyectos sin problemas. Quien conoce algunos de los problemas de la antropología aplicada o del desarrollo sabe de los dilemas que enfrentan un trabajo de esta naturaleza. Hay una opinión, no sé si generalizada y que puede sonar muy radical para Nuñigen, que la base para solucionar los problemas realmente está en identificar las estructuras que los generan.

Nuñigen describe con emotividad sus experiencias compartidas con gentes que anhelaban vivir mejor, y ella enfrentó el dilema de tratar de ayudarlos para cambiar su suerte. En muchas cosas participó y se vio envuelta, como por ejemplo, en la búsqueda del mapa extraviado. ¿Qué hubiese pasado si ella y los ejidatarios interesados lo hubieran encontrado?

Ella estaría de acuerdo en responder que sería muy posible que los funcionarios del gobierno desestimaran ese material como para impulsar la recuperación de las tierras en disputa. ¿Podemos comenzar a cambiar las cosas concentrándonos en pequeños grupos y promoviendo proyectos de desarrollo entre ellos, como sugiere Nuñigen? O bien, ¿podríamos optar por una opción más ligada a nuestras

propias limitaciones académicas para crear conceptos, categorías o interpretaciones que puedan ser aplicadas a entender los términos en que se construyen, también sobre bases más realistas, los contextos de dominación?

A pesar de mis críticas, considero que la experiencia de trabajo de Nuñigen es sumamente valiosa como para obviarla en cualquier análisis de las relaciones entre los ejidatarios y las estructuras políticas y económicas en que se insertan. La lectura de su obra produce múltiples reflexiones sobre un conocimiento más interno y profundo de las preocupaciones y esperanzas de personas comunes. Tal vez en esto último radica su mayor aporte: ella obliga a desplegar un agudo sentido en el estudio de la dimensión cultural, enlazada a procesos y realidades que hablan de mundos tanto pequeños como amplios, pero ambos mutuamente cambiantes.

Francisco J. Gómez Carpiñero
Benedictina Universidad Autónoma de Puebla

ARMANDO BARRA, GUERRERO BRONCO, CAMPEÑINOS, CIUDADANOS Y GUERRILLEROS EN LA COSTA GRANDE [PROBLEMAS DE MÉXICO], MÉXICO, EDITORIAL ERA, 2000, 178 P.

Aunque este texto fue publicado por Ediciones Sinifiltro en 1996, es ahora que se ha podido conocer por

un mayor número de lectores gracias a la edición hecha por ERA. No cabe la menor duda que esta investigación expone de manera clara, analítica y sintética los avatares del pueblo guerrerense desde su pasado remoto hasta los años noventa del siglo que recién ha concluido.

Por razones geográficas e históricas, los michoacanos también están obligados a conocer las coincidencias y las divergencias con sus vecinos sureños. El libro está estructurado en once capítulos cuya intensidad narrativa nos sumerge en la épica guerrernense desde la alborada del siglo XIX hasta la coyuntura política de fines del XX. Y digo épica, porque esta historia da cuenta de los pasos heroicos de un pueblo que a fuerza de brutalidad y despotismo cobró conciencia de su propia historia.

Y si bien es cierto que el texto no está sustentado en una investigación documental exhaustiva, su mérito radica en que con base en numerosas fuentes y testimonios, logra un trabajo de síntesis de la mayor envergadura que delinea con gran acierto una panorámica histórica y social de los siglos XIX y XX guerrerenses. La síntesis y el análisis van de la mano. Se notan los oficios varios de Armando Barra: el del sociólogo, el del político y el del antropólogo, que sabe del peso de los procesos históricos.

En la introducción del texto, Barra afirma contundente su vocación por el análisis científico-social: “Cuando los acontecimientos se atropellan, estallan las brujulas y nos asalta el porvenir, ilumina y reconforta echar un vistazo a la historia” (p. 11). En esta perspectiva el autor sabe que sin la dimensión histórica, su estudio no hubiera podido develar el significado profundo de los procesos políticos, sociales y económicos de Guerrero a lo largo de dos centurias, y las amplias y sopesadas respuestas a las interrogaciones que todo ello provocó en el analista y el investigador social.

Esas preguntas clave para su investigación son contundentes y demolidoras: 1) “¿Cómo soslayar el peso que aún tiene en la memoria política regional la militarización antiguerrillera que apenas comenzó a remitir a fines de los setenta? ¿Cómo explicar el origen de los focos campesinos de autodefensa armada sin referirse al multitudinario y reprimido movimiento cívico de los sesenta? ¿Cómo entender el encono de la lucha política en Guerrero sin remontarse a las particularidades de la Revolución en ese estado, cuya secuela insurreccional se prolonga hasta los treinta? ¿Cómo medir, en fin, la profundidad del caciquismo sin asomarse a los grandes patrilcares costeros del siglo XIX?” (p. 11).

Establecidos los ejes de su investigación, el autor precisa a los lectores que el escurdriño del pasado del pueblo guerrerense no solamente “persigue fines analíticos”, también devolverle la fuerza a la memoria histórica es “indispensable para reorientar la práctica y definir los proyectos de las fuerzas político sociales actantes en la región” (p. 12). Bartra reconoce que su historia es una historia “de un desencuentro” porque reconstruye “el camino de las acciones reivindicativas de carácter socioeconómico y el proceso de lucha por la democracia política” (p. 12). Pero no podía ser de otra forma porque no se puede soslayar ese pasado ni distorsionar el presente, sobre todo si se toma en cuenta que la alborada del nuevo siglo presupone una sociedad en vías de politización acelerada, “y en este proceso es indispensable resolver el viejo desencuentro entre movimiento reivindicativo y movimiento político” (p. 13).

Y bajo esta premisa, el autor se sumerge en los procesos regionales guerrerenses de los siglos XIX y XX, cuyas temáticas están acotadas a lo largo de cada capítulo.

En el primero, intitulado “Los grandes caciques de la independencia”, Bartra aborda con rápidas pinceladas la forma como se constituyó el estado de Guerrero en 1849, zona de influencia natural de los caudillos in-

surgentes Juan Álvarez y Nicolás Barro, quienes dejaron de lado sus múltiples diferencias para impulsar conjuntamente la autonomía política de su territorio. En segundo término, en este primer capítulo también se hace un recuento de las condiciones económicas y de la estructura agraria en el estado, que cocinan a fuego lento el ancestral descontento regional.

Al segundo capítulo Bartra lo intitula “Los pequeños caciques de la Revolución”, retomando y validando el trabajo de Ian Jacobs. Estos pequeños caciques, como los llama Bartra, son líderes del momento de carácter más bien conservador (Julian Blanco, Silvestre Mariscal, Tomás Gómez, Manuel Soberanis, Pablo Vargas y los hermanos Figueroa), que sustentan relaciones estrechas con los hombres de poderío económico. El liderazgo zapatista en manos de Jesús H. Salgado, a pesar de sus ofensivas militares y de sus bases sociales de apoyo, no cuajará en el espectro guerrerense como fuerza política importante. El poder político se desgaja entre las manos de esos líderes naturales y se polariza fragmentándose. Finalmente, el proyecto carrancista norteño se impone, y somete el sentimiento regionalista a los dictados de la Revolución constitucionalista.

Después de ocho años de desgastantes pugnas intestinas que le ha res-

tado beligerancia y fuerza militar a la mayoría de los caciques regionales, sólo quedan en el escenario los Figueroa. Rómulo y Francisco intentan hacerse del poder en alianza estratégica con Álvaro Obregón, quien ya se postula como candidato presidencial en contra de los deseos de Venustiano Carranza. Sin embargo, Obregón aplica con ahínco la máxima de dividir y vencerás. Sólo le da a Rómulo el mando militar, favoreciendo a Rodolfo Neri como el candidato de imposición. La rebelión delahuertista será la puntilla que de al traste con los Figueroa.

En el tercer capítulo, “Reformismo radical en los años veinte”, se reitera lo que ha sido obvio: no ha habido hasta ese momento en Guerrero una revolución social. El poder económico no se ha resquebrajado en modo alguno. Para Bartra, es precisamente en este periodo cuando arranca la efervescencia social y el radicalismo político. Los sindicatos rojos surgen como hongos y las ligas agrarias cobran alientos reformistas. La historia de Juan R. Escudero y su Partido Obrero de Acapulco (POA), que ya ha sido estudiada por Renato Ravelo, Rogelio Vizcaino y Paco Ignacio Taibo II, vuelve a trazarse en las páginas de *Guerrero bronco* con esos aires de epopeya trágica, en donde confluyen “reminiscencias magonistas y

conceptos provenientes del socialismo”, en un contexto de fuerte aceptación popular. El sueño escuderista dura poco porque la oligarquía se parapeta ofensivamente hasta que destruye y aniquila salvajemente a los contingentes populares y al mando escuderista que ha logrado fugazmente tener en sus manos el poder político.

En el cuarto apartado, “Reparto agrario y corporativismo progresista: el cardenismo en la Costa Grande”, se pone de manifiesto la ola agrarista cobijada e inducida por el gobernador Adrián Castrejón, quien alienta la conformación del Partido Socialista de Guerrero (PSG) hacia 1928-1929, a semejanza de los partidos socialistas de Yucatán, Tabasco y Tamaulipas. Se distribuyen cerca de 130 mil hectáreas. Bartra le llama a este periodo “Gremialismo de Estado”. Este factor debe verse, como en el caso michoacano, ligado indisolublemente a la capacidad de hombres fuertes o caudillos regionales instrumentando el ejercicio del poder regional, con apoyo de organizaciones o frentes políticos con fuerte base agrarista y popular.

El periodo de Castrejón termina abruptamente en choque frontal con el callismo y el naciente Partido Nacional Revolucionario, que impone desde el centro al sucesor en la gubernatura. A pesar de ello, la dinámica

nacional de los primeros años treinta impacta a la sociedad guerrerense y alienta vivamente a las organizaciones agraristas que en 1933 se afilian al naciente cardenismo, respaldando la candidatura presidencial del michoacano. Paradójicamente, durante la administración del general Cárdenas los gobiernos guerrerenses de Gabriel

Guevara y Alfredo F. Berber son contrarios a la Reforma Agraria y hostiles con las organizaciones agraristas que aglutinadas en la Liga de Comunidades Agrarias se mostrarán muy combativas con el apoyo del gobierno federal. Sin embargo, la lucha por el poder se muestra enconadísima. La violencia y la convulsión social y política se generaliza en Guerrero hacia fines de los treinta.

En el ámbito económico, la llegada de las siguientes dos décadas abunda las diferencias sociales y define un proyecto desarrollista y proclive al capital. En el quinto capítulo denominado “La autogestión campesina”, las transformaciones económicas más palpables se manifiestan en la costa con el relieve de Acapulco como centro turístico internacional gracias a la política de inversiones alemanista. También en la sierra se protegen los intereses silvícolas de empresas forestales como Maderas Papanoa y Chapas y Triplay. S. A. Por su parte, coopereros y cafetaleros tienen un periodo

de bonanza. Pero la burguesía agraria no cambia su estilo: el crédito usurero, el acaparamiento de cosechas y el monopolio de la industrialización. Las operaciones comerciales están basadas en una intrincada red de cooptaje de fuerte base caciquil.

Los siguientes seis capítulos, casi en su totalidad, están destinados a exponer cómo, ante la imposibilidad de un cambio democrático, una sociedad guerrerense asediada por el autoritarismo y la injusticia ancestral, penetra en los sesenta y setenta por el tobogán de la violencia de Estado y la guerra de baja intensidad. Al cerrarse la puerta de la oposición electoral se pasa a la oposición armada y se configura la guerrilla guerrerense. Sin embargo, la línea del foquismo está destinada al fracaso. La fuerza del Estado, con el apoyo del ejército, acaba por desmantelar brutalmente la actividad guerrillera. Por su parte, la sociedad guerrerense se sumerge en un ámbito anodino que perdura los siguientes veinticinco años. El poder político continúa sin disputa alguna en manos del partido de Estado, o como diría Bartra: “la oposición gesticula en el desierto”.

Doce años antes de finalizar el siglo XX, en 1988 por fin se asoma en el panorama nacional una rendija que por momentos se hace un muro derribado ante el atronador triunfo del

Frente Democrático que en las elecciones presidenciales de ese año llevan a Cuauhtémoc Cárdenas a cuestionar a fondo y acremente al sistema político en su conjunto. La paradoja en este caso es que las bases de ese sistema fueron producto de la visión estadista de Calles, pero sobre todo de Lázaro Cárdenas.

Los guerrerenses se vuelven de la noche a la mañana cardenistas: “cuando un hijo de Lázaro Cárdenas convoca a luchar por la justicia y la democracia, no se hacen del rogar ni lo piensan dos veces”, asegura Bartra (p. 141). Con lujo de detalles, el autor nos explica esta transformación y el impacto que tiene en una nueva cultura política electoral. Con la constitución del Partido de la Revolución Democrática (PRD), la lucha político-electoral de la oposición va en camino de arrebatarle al partido oficial diputaciones y alcaldías. El autor está convencido de que “después de medio siglo de asentamientos electorales, se pone en pie una nueva generación de ciudadanos decididos a tomar la democracia por asalto” (p. 148).

El último capítulo de la obra es una apuesta que hace Bartra a favor de la conciencia política de los guerrerenses, que en franca decisión por seguir resquebrajando al partido oficial han ganado y han peleado y conservado el triunfo en los niveles mu-

nicipales y en algunas diputaciones locales y federales.

Al finalizar el siglo XX Bartra asegura que “el civismo guerrerense sigue dando de que hablar”, y aunque en los albores del nuevo milenio el partido oficial sigue gobernando al estado de Guerrero, seguramente la memoria histórica hará recuento de los procesos clave para entender la rebeldía del pueblo sureño: “Guerrero entra en el nuevo milenio abrumado por guerrillas que remiten a los broncos setenta, pero también alentado por la presencia de organizaciones gremiales autónomas provenientes de los concertadores ochenta y galvanizado por un inédito movimiento ciudadano que embarcó durante los noventa. Vertientes libertarias con apuestas distintas y cursos divergentes, pero que han elegido no excluirse unas a otras” (p. 164).

Finalmente, el texto nos remite con toda su crudeza al Guerrero bronco, a los guerrerenses combativos que persiguen incansablemente a través de su historia una democracia real y autogestionaria.¹

Verónica Oikión Solano
El Colegio de Michoacán

¹ A quienes se interesen en el estudio del estado de Guerrero, y para ampliar algunos de los temas que Bartra toca en su